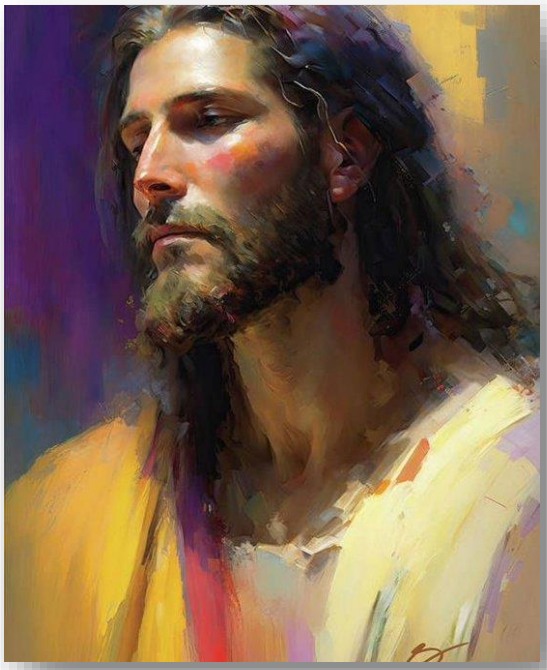
EL REINO DE DIOS ES CRISTO



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Los fariseos le preguntaron a Jesús: "¿Cuándo llegará el Reino de Dios?". Jesús les respondió: "El Reino de Dios no llega aparatosamente. No se podrá decir: 'Está aquí' o 'Está allá', porque el Reino de Dios ya está entre ustedes"» (Lc 17, 20-21).

Madre nuestra: la expresión "Reino de Dios" aparece con frecuencia en el Santo Evangelio, por ejemplo, en las parábolas. Jesús explica su naturaleza y caracteres en las parábolas del sembrador, de la cizaña, de la mostaza, de levadura, del tesoro escondido, de las perlas finas y de la red barredera.

La enseñanza del Señor cuando explica el sentido de las parábolas nos hace ver que se trata de un Reino escatológico, de final feliz en la vida eterna, pero que también ya aparece incoado en esta vida, creyendo, esperando y amando a Jesús.

Es un Reino que crece, que se desarrolla, que implica lucha interior contra los enemigos, que exige renuncias, pero que cuenta con la ayuda de la gracia de Dios.

Las palabras de Jesús que hoy consideramos se pueden interpretar de dos maneras: el Reino de Dios está entre la gente de su tiempo, porque el Señor estaba con ellos, convivía con ellos, y Él mismo es el Reino de Dios. Pero también se puede interpretar ahora, de modo espiritual, para todos nosotros, en cuanto que Jesús vive en el corazón de los que estamos unidos a Él.

Qué pena que haya quienes no aceptan el Reino de Dios, e incluso quienes se oponen a ese Reino haciéndole la guerra, sembrando cizaña, robando la semilla. Bastaría considerar toda la obra de la redención obrada por Cristo para darnos cuenta de su inmenso amor y del deseo tan grande de su Corazón Misericordioso por compartir con nosotros la bienaventuranza eterna, y así decidirnos a corresponder a su amor con nuestro amor, con la ilusión de recibir el premio del Paraíso.

Reina del Cielo, que la esperanza de gozar para siempre también de tu presencia aumente en nosotros el deseo de santidad.

Hijo mío: ¿en dónde está el Reino de Dios?

¡Alégrate, hijo mío, porque el Reino de Dios ha llegado al mundo!

Está en medio de los hombres.

Pero algunos no lo ven, y no se dan cuenta de que viven en él.

Algunos otros lo rechazan, y no lo reconocen como el único Rey.

El Reino de Dios está en ti.

El Reino de Dios es Cristo, que vive en ti.

Y si aún no lo has encontrado, busca el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se te dará por añadidura.

Pero no busques entre los muertos al que está vivo. ¡El Rey vive! Encuéntralo en la Eucaristía.

Él, que, siendo Dios, se ha hecho hombre para padecer y sufrir mucho de manos de los hombres, para morir en la cruz y perdonar los pecados de los hombres, les ha abierto las puertas de su Reino con su resurrección, ha subido al cielo a sentarse a la derecha de su Padre, para ser coronado con la gloria que tenía antes de que el mundo existiera, y se ha quedado en medio de los hombres, haciéndolos de su Reino ciudadanos.

Por tanto, el Reino de Dios ha llegado para ti cuando, a través del Bautismo, has renacido de lo alto, teniendo como Madre a la Santa Iglesia Católica y Apostólica.

Quien permanece dentro de la Iglesia, permanece dentro del Reino de Dios, y se convierte en heredero con Cristo de su Paraíso en la eternidad del cielo, en donde a cada uno de los bautizados le ha preparado un lugar.

¡Alégrate, hijo mío! y persevera con el corazón en el cielo y los pies en la tierra sirviendo al Rey, esperando hasta que Él vuelva.

Pero no te preocupes por buscarlo una vez que ya sabes dónde está, porque, aunque ahora no lo veas, en el momento que venga, te aseguro, lo verás.

Tu corazón se inflamará de amor, la llama del fuego de su Sagrado Corazón te abrasará, y ese, si permaneces en estado de gracia, con las disposiciones necesarias para vivir en comunión con Él, el día más feliz de tu vida será.

Por tanto, no tengas miedo. Llénate de la ilusión que embarga a los corazones que aman a Dios, que creen en Jesucristo, y lo reconocen y alaban como su único Rey, en la esperanza de que Él volverá con toda su gloria y poder.

Y a todo aquel que lo encuentre sirviendo en su Reino, lo tomará, lo bendecirá, lo purificará, y lo llevará con Él a gozar de las delicias del Reino de Dios en el cielo, haciéndolo partícipe de la gloria de su eterno Paraíso.

¡ALABADO SEA JESUCRISTO!

¡VIVA CRISTO REY!

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 149)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes